

LA "TUNA,,

L.M.



LA 'TUNA,,

YA íbamos á salir del manicomio, cuando, en un rincón del patio, vi á un hombre larquirucho que hacía obstinadamente ademán de llamar á un perro imaginario. Decía con voz suave y cariñosa: «¡Tuna, ven; Tuna, ven aquí!», golpeándose un muslo, como se acostumbra para llamar á las bestias.

Pregunté al médico:

—Y ese, ¿qué hace?

Me contestó:

—¡No es un caso que pueda interesar; un coche-ro, que se llama Francisco, y se ha vuelto loco después de ahogar á su perra.

Yo insistí:

—Cuénteme su historia. Lo más insignificante, lo más humilde, muchas veces conmueve nuestro corazón.

Y el médico me refirió lo siguiente, que había sabido por un mozo de cuadra compañero del loco:

—En las afueras de París vivía una familia de ricos burgueses, en una quinta rodeada de árboles, junto al Sena. Servíales de cochero este Francisco, mozo campesino algo zopenco, de buen corazón, simple y fácil de engañar.

Al dirigirse una noche á la casa de sus amos, una perra le siguió. No se fijaba en ello al principio, hasta que la obstinación del animal en seguirle, pisándole los talones, le hizo volverse á mirar si lo conocía.

No lo había visto jamás.

Era una perra espantosamente flaca, y le colgaban muy lacias las tetas. Corría tras el hombre con aspecto lamentable de hambrienta, con el rabo entre las patas, las orejas gachas, deteniéndose cuando él se detenía y corriendo cuando él andaba.

Quiso alejar de sí aquel esqueleto, y gritó: «¡Largo! ¡Vete! ¡vete! ¡Largo de ahí!» La perra se apartaba un poco; sentábase aguardando, y en cuanto el cochero andaba, le seguía de nuevo. Entonces hizo

ademán de coger una piedra. El animalito huyó algo más lejos, zarandeando sus tetas; pero acercóse otra vez en cuanto el hombre hubo vuelto la espalda.

Por fin el cochero, compadecido, la llamó. La perra se acercó tímidamente, con el lomo encorvado; se marcaban sus costillas bajo la piel. Francisco acarició aquellos huesos pelados, y conmovido por la miseria del pobre animal, dijo: «Vamos; ¡ven!» La perra movió el rabo alegremente, sintiéndose acogida, prolijada, y en vez de seguir á su nuevo dueño, comenzó á correr delante de él. Francisco la hizo entrar en la pajera de la cuadra, y luego fué á la cocina en busca de pan; cuando hubo saciado su hambre la perra, se durmió tranquilamente.

Al día siguiente los señores, enterados por el cochero de lo que había ocurrido, le permitieron tener la perra en casa. Era un animal dócil, inteligente, cariñoso y fiel.

Pero pronto se le notó un terrible defecto. Sentíase inflamada de amor durante todo el año. En poco tiempo había contraído amistad con todos los perros del barrio, que la rondaban de día y de noche, y les concedía sus favores con indiferencia de prostituta; pareciéndole todos bien, y no desdeñando

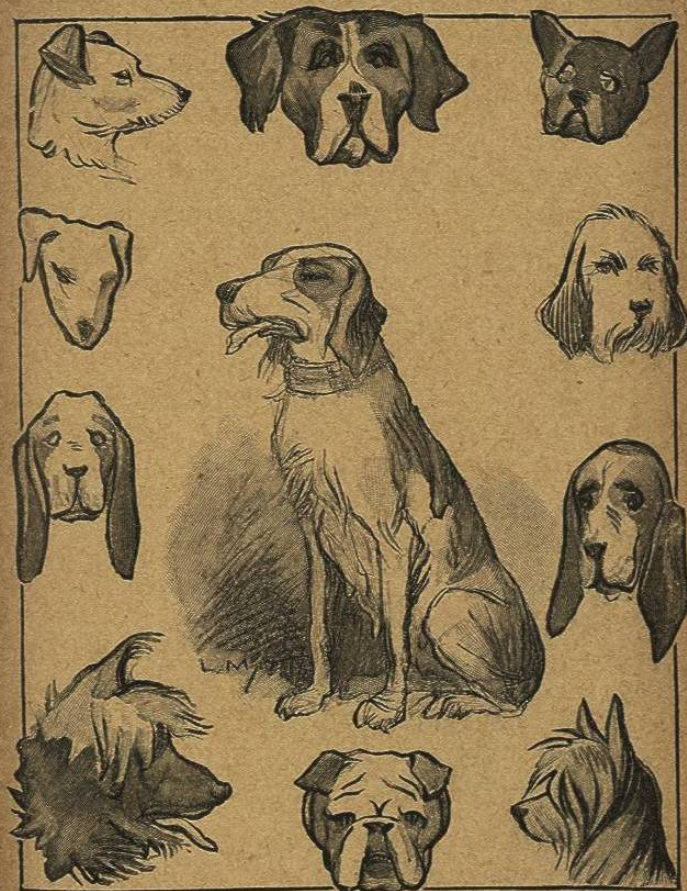
á ninguno, llevaba en torno siempre una verdadera jauría, compuesta de los más distintos modelos de la raza ladadora, unos del tamaño de un puño, otros grandes como asnos. Los paseaba por los caminos en interminables correrías y, cuando se detenía para descansar, formando círculo á su alrededor los perros la contemplaban sacando la lengua.

Los habitantes de aquellos contornos jamás habían visto nada semejante y el propio veterinario no acertó á comprenderlo.

Al regresar la perra por la noche á su cuadra, la muchedumbre perruna sitiaba la finca. Introduciéndose por todos los resquicios del seto vivo que rodeaba el parque, pisoteaban el césped, arrancaban las flores y escarbaban en los macizos de plantas, haciendo desesperar al jardinero. Aullaban toda la noche alrededor del edificio donde se alojaba su amiga, sin que nada lograra ahuyentarlos.

De día penetraban hasta dentro de la casa. Era una invasión, una plaga, un desastre. Los amos encontraban á cada momento en la escalera y hasta en sus mismas habitaciones, gozquecillos de rabo erguido, galgos, *bul-dogs*, perros vagabundos y enormes terranovas que asustaban á los niños.

Entonces aparecieron allí perros desconocidos en diez leguas á la redonda, llegados no se sabía de



dónde, que vivían sin saber cómo y se marchaban para no volver.

Francisco se había encariñado mucho con su perra. La llamaba Tuna *sin malicia, por más que mereciese tal nombre*, y repetía sin cesar: «Mi perra es una persona; sólo que no habla».

Le compró un collar magnífico de cuero rojo, mandando ponerle una chapá de cobre con esta inscripción: TUNA, *del cochero Francisco*.

La perra engordó atrozmente. Antes era en extremo delgada, y fué gorda en demasía, con el vientre hinchado, en el cual se columpiaban, como siempre, las tetas lacias. Había [engordado de repente, y andaba con trabajo, despatarrada, igual que las personas obesas, con la boca siempre abierta para respirar, y fatigándose mucho en cuanto corría un poco.

También era singularmente fecunda y, apenas paría, estaba de nuevo preñada; cuatro veces al año, solía desembuchar una sarta de cachorros pertenecientes á todas las variedades de la raza canina. Francisco elegía uno para que, mamando algunos días, evitara dolores á su madre; y cogiendo todos los demás en su delantal de cuadra, sin compasión arrojábalos al río.

Pero la cocinera unió muy pronto sus quejas á

las del jardinero, pues encontraba perros hasta debajo de la hornilla, en la despensa, en la carbonera, comiéndose cuanto encontraban.

El señor mandó al cochero que se desprendiese de la Tuna. Francisco, desconsolado, procuró regalarla; pero como nadie la quiso, resolvió encargarle á un carretero que se la llevase y la soltara en el campo, al otro extremo de París.

La misma tarde, había vuelto la perra.

Fué preciso tomar una resolución decisiva. Mediante cinco francos, un conductor del ferrocarril se la llevaría, soltándola en el Havre.

A los tres días, la Tuna volvió á su cuadra, rendida, flacucha, miserable, deshecha.

El señor, compadecido, consintió que se quedase.

Pero al punto volvieron los machos, más numerosos y atrevidos que nunca. Una noche, habiendo invitados á comer en la casa, un alano vagabundo se apoderó de un capón trufado, en las mismas narices de la cocinera, la cual no se atrevió á disputárselo.

El señor ya no pudo contenerse, y llamando á Francisco le dijo con sequedad: «Si mañana, por la mañana, no tiras al río la perra, te despido. ¡Ya lo sabes!»

El cochero quedóse aterrado y subió á su habi-

tación para coger su baúl, prefiriendo renunciar á la casa que á la perra. Pero luego reflexionó que no podría entrar en ninguna parte llevando consigo aquel animalucho intolerable. Reflexionó que allí estaba satisfecho, bien comido y pagado con largueza; dedujo que una perra no merecía tal sacrificio, procuró animarse, atendiendo á su propio interés, y, por fin, resolvióse á tirar al agua su Tuna, en cuanto amaneciese.

Aquella noche durmió inquieto. Levantóse con el alba y, provisto de una cuerda resistente, fué á buscar la perra. La Tuna incorporóse despacio, sacudióse, desentumeció sus miembros y acarició á su amo.

Entonces á Francisco le faltó valor y quedóse indeciso, cogiendo cariñosamente á su perra, besándola, prodigándola cuantas palabras afectuosas conocía.

Pero en un reloj vecino dieron las seis. No era posible dejarse vencer; abrió la puerta y gritó «¡Vamos!». La Tuna movió el rabo, comprendiendo que iban á salir.

Llegaron á la orilla del río; el cochero buscó un remanso profundo. Ató un extremo de la cuerda al collar, y, cogiendo una piedra enorme, la sujetó bien al otro extremo. Luego, abrazándose á su

Tuna, la besaba furiosamente, como á una persona en una triste despedida. La estrechaba contra su pecho, la mecía, llamándola: «Hermosa Tuna, Tuna mía», y ella roncaba satisfecha.

Dos veces fué á echarla, pero le faltó ánimo.

Por fin, bruscamente se decidió, y la tiró con toda su fuerza, lo más lejos posible. La perra quiso nadar, como lo hacía cuando la bañaban; pero su cabeza, con el peso de la piedra, sumergíase poco á poco. Y el pobre animal fijaba en su dueño sus ojos aterrados y suplicantes, que parecían los de una persona que se ahoga.

Durante cinco minutos, algunas burbujas de aire conmovieron la superficie del agua, como si el río hirviese, y Francisco, atontado, enloquecido, con el corazón palpitante, creía ver á la Tuna retorciéndose. Una idea obsesionaba su inocente sencillez campesina: «¿Qué habrá pensado la perra de mí, en sus últimos instantes?»

Quedóse desde aquel día como idiota; estuvo un mes enfermo, y soñaba todas las noches con su perra, sintiendo que le lamía las manos y oyéndola ladrar. Fué preciso que le viese un médico. Por fin mejoró, y sus amos, á últimos de Junio, para que se repusiese, le hicieron ir á su cortijo de Biessard, cerca de Rouen.

Como el cortijo estaba también á la orilla del Sena, Francisco decidióse á tomar baños. Iba todas las mañanas con el mozo de cuadra, y atravesaban el río á nado.

Un día, mientras se divertían chapoteando en el agua, el cochero gritó de repente á su amigo:

—¡Mira lo que se acerca! Voy á obsequiarte con un buen bocado.

Era una carroña enorme, hinchada, pelada, que avanzaba con las patas al aire, arrastrada por la corriente.

Francisco se acercó braceando, siguiendo con sus chistes.

—¡Demonio! ¡Qué hallazgo! Muy fresca no estará, pero tampoco está flaca.

Iba dando vueltas alrededor de la carroña, manteniéndose á distancia para no sentir su podredumbre.

De repente callóse, mirándola con singular atención; luego se acercó, hasta casi tocarla; examinaba fijamente el collar, y, por último, alargó el brazo, agarróse al cuello, y haciendo girar la carroña, leyó en el cobre enmohecido que seguía clavado al collar: TUNA, *del cochero Francisco*.

¡La perra muerta encontraba á su amo á sesenta leguas de su casa!

Francisco lanzó un grito espantoso, volviendo á nado, precipitadamente, hacia la orilla; daba horribles voces y, al llegar á tierra, huyó á través del campo, completamente desnudo.

¡Se había vuelto loco!

